

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 1.º Diciembre 1906.

Núm. 48.

Catequística.

(Continuación).

— Por eso era suceso muy natural el que, en la época del nacimiento de Jesucristo; el pueblo Judío en pleno, y con él también los pueblos gentiles, esperase con vivo anhelo la aparición del prometido Mesías, y la dominación del mundo por un vástago de la Tribu de Judá.

Pero, precisamente en esa época, en la cual, según todos los pronuncios, debía nacer el Mesías, nació el Hijo de la Virgen, Hijo á la vez de Dios, y á quien se le puso por nombre Jesús.

Y este Jesús encierra en sí todo lo prometido por Dios; todo lo anunciado por los profetas, y todo lo figurado en las personas y cosas que eran representación del futuro Mesías. Por eso es Jesucristo el único que, al hacer su testamento y firmarlo con su preciosa sangre en el tribunal de la Cruz, pudo con verdad exclamar: *Todo está consumado.*

¿Podrá todavía dudarse de que Jesucristo sea el verdadero Mesías, prometido y figurado en la Ley y los Profetas? Quien de ello dudara podría dudar hasta de su propia existencia.

PREGUNTA. *¿Por qué (Jesús) se llama (también) Cristo?*

RESPUESTA. *Por la unción y plenitud de gracia que tiene sobre todos.*

=D. *¿Por qué el Hijo de Dios, hecho hombre, se llama también Cristo? =*

=R. *El Hijo de Dios, hecho hombre, se llama también Cris-*

to, que quiere decir ungido ó consagrado, porque antiguamente se ungián los reyes, los sacerdotes y los profetas; y Jesús es Rey de reyes, Sacerdote sumo y sumo Profeta.=

=D. Jesucristo ¿fué verdaderamente ungido y consagrado con unción corporal? =

=R. La unción de Jesucristo no fué corporal, como aquella de los reyes, sacerdotes y profetas antiguos, sinó que fué toda espiritual y divina, porque habitaba en Él sustancialmente la plenitud de la divinidad.=

—

La palabra *Cristo*, quiere decir *ungido*. Es palabra de la lengua de los griegos y viene de *Kryeyn*, que significa *ungir*, y es de igual significación (sinónima) que la palabra *Mesías* en el idioma hebreo.

Costumbre era muy generalizada entre los hebreos el hacer uso de unguentos y de unciones con harta frecuencia. La Historia sagrada no nos permite dar apenas un paso en ella sin tropezar con esta universal práctica del pueblo de Dios.

Con sus mejores unguentos se ungió la hermosa Judit cuando se preparaba para enamorar al tirano de su pueblo, al sanguinario Holofernes. Ungíanse en los días de fiesta, y en los convites, como se desprende de lo que Jesús recomienda á los judíos en los días de ayuno, y de lo que la Magdalena practicó con su Amado Maestro (1). Ungían también los objetos destinados al culto divino, derramando aceite sobre ellos, como lo hizo el patriarca Jacob, al despertar del sueño en que vió la misteriosa escala del cielo; pues en aquel momento y en aquel mismo lugar consagró la piedra que le había servido de cabecera, derramando sobre ella el óleo, en recuerdo de suceso tan notable (2).

Mas esta práctica hebrea pasó á ser especial distintivo de los reyes, de los sacerdotes y de los profetas del pueblo santo, al modo que en otros pueblos se valían de mantos, de togas y de otras varias señales.

Así vemos, en primer lugar, que se ungián los reyes, y esto por disposición del mismo Dios. Pues la Sagrada Escritura nos dice que el profeta Samuel ungió los príncipes de su nación (3).

(1) San Mateo, cap. 6, ver. 17, y San Lucas, 7, 38.

(2) Génesis, cap. 28, ver. 18.

(3) Eclesiástico, 46, 16.

En efecto, así lo hizo con el primer rey de su pueblo, que fué Saúl. El Señor había hablado á Samuel y le había dicho: «Mañana, á la misma hora en que hoy te hablo, te enviaré un hombre de la tierra de Benjamín y lo ungirás por rey (ó general) sobre mi pueblo Israel; y él salvará á mi pueblo del poder de los filisteos.

Y habiendo visto Samuel á Saúl díjole el Señor: He aquí el hombre del cual te dije que dominaría sobre mi pueblo...

Tomó, pues, Samuel la alcuza del aceite y la derramó sobre la cabeza de Saúl, luego lo besó y le dijo: He ahí que el Señor te ha ungido por príncipe sobre su herencia, y libertarás á su pueblo de mano de sus enemigos.

Y la señal es esta: que el Señor te ha ungido para príncipe» (1).

Cosa igual hizo Samuel con el gran Rey David y también por mandamiento expreso del Señor.

«Dijo el Señor á Samuel: Llena tu cuerno (2) de aceite, y ven, que te voy á enviar á Isaí, natural de Betheleem, porque he determinado tomar mi Rey de entre sus hijos.

Fué, en efecto, Saúl á Betheleem y dijo á Isaí el encargo que llevaba; y como Isaí le presentara al Profeta sus siete hijos primeros, dijo Samuel: Ninguno de éstos ha escogido el Señor.

Mandaron, pues, recado de buscar y traer al más pequeño, que apacentaba las ovejas, y se llamaba David; y cuando estuvo presente, díjole el Señor á Samuel: Levántate, úngelo, que ese es. Tomó, pues, Samuel el cuerno del aceite y ungióle (á David) en medio de sus hermanos» (3).

Del mismo modo sabemos que el profeta Eliseo mandó á uno de sus discípulos para que en nombre de Dios ungiera á Jehú por Rey de Israel. Y de hecho lo ungió derramando aceite sobre su cabeza (4).

Mas no sólo ungián los israelitas á sus Reyes, sinó también á sus sacerdotes. Porque leemos en el Éxodo que Dios ordenó á Moisés que con aceite y varias especies aromáticas confeccionase un unguento con el cual debía de ungir y consagrar el Tabernáculo del testimonio y el Arca de la alianza, los altares, mesas y vasos sagrados. Y después le dijo: «Ungirás á Aarón y á sus hi-

(1) *Libro 1.º de los Reyes*, caps. 9 y 10.

(2) Sabido es que los cuernos de ciertos animales han servido antiguamente, y sirven aún hoy, para vasijas.

(3) *Libro 1.º de los Reyes*, cap. 16, vers. 1.º al 13.

(4) *Libro 4.º de los Reyes*, cap. 9, vers. 1.º al 6.º

jos, y los santificarás para que desempeñen el cargo de Sacerdotes en mi obsequio.

Y dirás á los hijos de Israel: Usaréis para mi culto de este santo óleo de unción en todas vuestras generaciones» (1).

Ungíanse, por último, los verdaderos Profetas del pueblo de Dios. Así lo dice claramente el Catecismo del actual Pontífice, y así parece deducirse de algunos lugares de la Sagrada Escritura. Y ésto, ya porque consta con seguridad que se ungrán los Reyes y Sacerdotes, muchos de los cuales fueron á la par Profetas, y ya porque varios textos sagrados indican que los Profetas eran ungidos de propósito, como rito externo de la divina misión que el Señor les confiaba.

(Continuará).



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica primera de Adviento.

Al intentar hacer algunas consideraciones sobre el Evangelio que la Iglesia ofrece á nuestra consideración en este santo tiempo de Adviento, de muy buen grado me detendría para explicar su significación, ya que constituye el principio del año cristiano; mas como en esta misma revista, en la sección correspondiente á la Liturgia, se ha considerado extensamente la significación é importancia de este tiempo, remitiendo allá á nuestros lectores, paso á la interpretación del sagrado texto.

El Evangelista San Lucas, en su cap. XXI, vers. 25 á 33, nos describe con deslumbradora elocuencia las terribles y numerosas señales que han de preceder al Juicio Universal, manifestando á la vez el doloroso efecto que su contemplación producirá entre los hombres.

Mas considerando la significación de este santo tiempo, que no tiene otro objeto sino la preparación á la gran fiesta de Navidad, recordándonos el segundo y último advenimiento del Salvador, ¿no sería más natural que en vez de proponernos tan terrible asunto, nos sugiriese pensamientos de alegría y esperanza? En

(1) *Exodo*, cap. 90, vers. 22 al 31.

manera alguna: basta meditar un poco para convencernos de la sapientísima previsión de la Iglesia en este asunto, como en todos los que con la misma se relacionan.

Hoy comienza la preparación al gran misterio henchido de amor; al misterio del Nacimiento del Hijo de Dios; y precisamente por eso la Iglesia presenta á nuestra vista el espectáculo imponente del juicio final; y obra así, porque sabe y conoce á la perfección que una exagerada confianza nos hace de ordinario presuntuosos, y teme que, á la vista de los beneficios que el nacimiento de Jesús nos reporta, caigamos en ese vicio. Por otra parte sabe muy bien, que el temor, término de nuestra preparación á la fiesta de Navidad, y término también feliz de nuestra vida, nace del temor, según la expresión del Espíritu Santo: «El temor de Dios es el principio de su amor» (1). Siendo esto así ¿qué cosa más á propósito podía hacer la Iglesia para inspirarnos terror y preservarnos de toda presunción que pudiera nacer del primer advenimiento de Jesús, sino ofrecernos el espectáculo de la justicia, objeto del segundo?

Unámonos, por tanto, en un mismo sentimiento con la Iglesia, y antes de ir á contemplar á Jesús reposado en un pobre pesebre por la salvación del género humano, considerémosle descendiendo de los cielos con todo el aparato de su majestad para juzgarnos.

Si la historia sagrada nos refiere que antes de la horrible mortandad en que Antioco, profanador del templo, hizo perecer ochenta mil personas, vióse en los aires por espacio de cuarenta días, formidables ejércitos combatiendo entre sí; del mismo modo que antes de la destrucción de Jerusalén, espantosos acontecimientos anunciaron á los Judíos lo que iba á suceder; así también al segundo advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo le precederán terribles señales que serán como el preludio del Juicio Universal.

Nos dice el evangelio: «Se presentarán señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra los pueblos estarán en la consternación por la perturbación que les causará el ruido del mar y de las olas». Aun cuando algunos intérpretes dicen que estas señales no son más que figuras, y según ellas la oscuridad del

(1) Eccl., XXV, 16.

sol, de la luna, y la caída de las estrellas, significa la apostasía de los pueblos cristianos, apostasía que ha de tener lugar en los últimos tiempos del mundo; sin embargo, con Maldonado, in Math. y Suárez de Incarnat. p. 2, disp. 56, sect. 3 y 4, consideran muchos como reales las señales que el sagrado texto cita.

Estas señales aparecerán primeramente en el cielo. «El sol se oscurecerá», dice el Evangelista S. Mateo (1); esta oscuridad del sol reconocerá por causa, no la interposición de la luna, como sucede en los eclipses, ó la aglomeración de densas nubes, como vemos sucede en las tormentas, sino que se obrará de una manera sobrenatural, perdiendo el sol su brillo natural, á la manera de una luz que se apaga, como lo predijo el profeta Joel con estas palabras: «Haré que aparezcan señales en el cielo y en la tierra, sangre, fuego y espeso humo. El sol se cubrirá de tinieblas y la luna de sangre, antes de que llegue el día del Señor, día grande y terrible» (2). Esta oscuridad del sol se produjo ya á la muerte del Salvador; pero en los últimos días del mundo esta oscuridad será completa, y espesas tinieblas dominarán al universo.

También sobre la tierra aparecerán señales precursoras del día del Juicio «en la tierra, dice el Evangelio, los pueblos se verán en la consternación, por la perturbación que causará el ruido del mar y de sus olas», esto es, el mar se agitará con violencia inusitada, y los vientos contrarios, chocando entre sí, promoverán horribles tempestades, cuyos formidables truenos se dejarán oír en toda la tierra; los mares se desbordarán franqueando sus límites naturales y los ríos no respetarán sus cauces.

La tierra misma experimentará fuertes y terribles sacudidas, del mismo modo que los cielos: por doquiera se abrirán abismos insondables que producirán espantosos chasquidos. Todos los edificios fabricados por el hombre serán destruidos, se despedazarán las mismas peñas, y las montañas serán arrancadas del lugar que ocupan. Millares de volcanes comunicarán el incendio en todas direcciones. Las fieras y serpientes correrán por doquier despavoridas, y llevarán con sus mugidos el terror á los corazones de los hombres. Todo, en una palabra, estará envuelto en la confusión y en el espanto.

De este modo, dice el Sabio, «las criaturas todas se unirán

(1) Math., XXIX, 29.

(2) Joel, II, 30.

para vengar al Criador, y el universo entero combatirá con El para castigar al pecador endurecido» (1). Así, después de haber sido los instrumentos de las bondades divinas para con el pecador, esas mismas criaturas, se convertirán en armas de justicia para su castigo.

Si las señales están siempre en relación de proporción con el hecho que atestiguan, podemos deducir cuán imponente no ha de ser el juicio que nos tiene reservado, y cuál será el horror que ha de apoderarse de aquellos desgraciados que, habiendo menospreciado los abundantísimos tesoros de la gracia de Dios, tengan que comparecer ante el trono de su justicia, en ese momento, vengadora; y puesto que de El nadié nos hemos de librar, procuremos enderezar nuestras obras, de tal manera, que en ese solemne día podamos obtener, lejos del castigo, una corona de gloria inmarcesible.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Expuesta ya la esencia y naturaleza de la fe, su objeto y el depositario de toda la revelación, ó sea el magisterio infalible de la Iglesia, sólo resta advertir para complemento de esta doctrina que ese Magisterio infalible constituye la *regla próxima* de nuestra fe, para distinguirlo de la *regla remota*, ó sea de la Escritura y de la Tradición.

Y acerca de esta *regla remota*, es muy conveniente prevenirnos contra un error capitalísimo de los protestantes, quienes no admiten más fuente de la revelación que la Sagrada Escritura, ni más *regla próxima* que su propio privado juicio. De ahí proviene la multiplicidad de sectas en que están divididos, y el sinnúmero de interpretaciones que dan á una sola palabra de la Biblia.

No, esto no puede subsistir, bastando el hojear un poco las Sagradas Páginas para convencerse de que no se encierra en ellas solas el ancho campo de nuestra revelación. «*Mantenéos firmes*, dice San Pablo á los fieles de Tesalónica, *y conservad las tradiciones* que habéis aprendido de nosotros, sea *de palabra*, sea

(1) Sap., 18, 19.

por mis epístolas». (II Thesal., II, 14). Y San Juan en su Evangelio (cap. XX, v. 30) ¿no estampa estas palabras: «Otras muchas cosas hizo Jesús que no están escritas en este libro?»

Es más, en la Iglesia siempre se ha tenido como verdad inconcusa la existencia de parte de la revelación fuera de la Biblia; y por eso, primeramente los Santos Padres escriben tratados enteros, para probar que los herejes no deben ser combatidos con textos bíblicos que ó falsifican ó niegan, sino que muchas veces es mejor llevarlos al campo de las tradiciones Apostólicas, llegando á sentar este principio: «El que no acepta estas Tradiciones, se separa de la Iglesia de Jesucristo, desecha su doctrina y la de los Apóstoles, es un apóstata, un hereje». Más adelante, y siempre en los Concilios, desde el primero de Nicea hasta el Vaticano de nuestros tiempos, al lado de la Biblia se han visto las Tradiciones Divinas ó Apostólicas; porque siempre se ha considerado existir en éstas y en aquélla la palabra de Dios pura é inalterable.

La Tradición, pues, constituye no sólo un auxiliar de la Biblia, sino una corriente distinta que se forma de aguas brotadas del mismo manantial, que es Dios. Y á estas Tradiciones, como fuentes de la fe, esto es, consideradas no con relación á la disciplina de la Iglesia, sino con respecto á la fe y á las costumbres, hemos de tributar la misma veneración y acatamiento que á la Sagrada Escritura.

Mas como el intérprete de esas fuentes no puede ser el juicio privado de cada uno, si se ha de poner fin á las dudas y controversias, sino que ha de ser *infalible*, á fin de que podamos tener un conocimiento cierto de la revelación y podamos creerla con una fe tan segura como debe ser la fe divina, de ahí la necesidad de una *regla próxima* que, siendo superior al juicio individual, sirviese de atalaya para los creyentes y de columna y sostén de la verdad.

¿Quién es esa *regla próxima*? ¿Dónde está ese magisterio infalible?... En la Iglesia Católica fundada por Nuestro Señor Jesucristo, regida por su Vicario el Romano Pontífice.

Luego axioma fundamental para todo católico ha de ser siempre, *creer con fe divina todo y sólo aquello que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone*.

Estudiemos bien el Catecismo, y sobre todo, el Credo y los

Artículos de la fe, y allí veremos señalado por la Iglesia lo que es objeto de nuestra fe. El mismo Lutero vióse en cierta ocasión obligado á decir: «El que quiere saber algo de Cristo, no debe fiarse de sí mismo, sino que ha de ir y preguntarlo á la Iglesia».

Por eso aquellos que ni la preguntan ni la escuchan, no saben ni pueden saber jamás lo que han de creer, sino que andan vacilando en un laberinto de dudas, y fluctúan impelidos por todo viento de doctrina á causa de la malicia de los hombres que se valen de su astucia para inducirlos á error.

En conclusión, *regla práctica*: Si algún protestante quiere disuadirnos de alguna verdad de nuestra Religión, so pretexto de que no está contenida en la Biblia, desconfiemos de su veracidad, y digámosle que puede hallarse en la Tradición. Y si insistiera, escudémonos con nuestra Madre la Iglesia, diciendo que así lo hemos aprendido de ella, que es Maestra Infalible de la verdad.

Cuéntase en las actas del martirio del niño San Román que alzando la voz, desde los brazos de su madre, exclamó: *Jesucristo es el verdadero Dios*. Y como lo oyése el tirano, díjole: *¿Quién te lo ha dicho?*—*Mi madre*, replicó el niño. Y *¿quién se lo ha dicho á tu madre?*—*Dios*, respondió el niño de nuevo.

He aquí la respuesta que debemos dar á los que con engañosas preguntas indagan pretender el último fundamento de nuestra fe: *A mí me lo ha dicho mi Madre la Iglesia; y á la Iglesia, Dios*.

(Continuará).

CUENTO

Un Cura entrometido.

I

Era el año de 1789, que por haber nacido en él eso que se llama «derecho nuevo», es de perdurable, ya que no grato recuerdo.

La filosofía enciclopedista que empezó cortesana y elegante, regocijando los salones aristocráticos y los tocadores de las bellas á la moda con sus áticas gracias á costa de clérigos, frailes y cosas de iglesia, convirtiéndose después en sanguinaria y plebeya, odiando á los reyes, despreciando á la nobleza y aconsejando al

pueblo el uso de la fuerza para remediar sus desgracias, produciendo, por último, como sazonado fruto de sus doctrinas, ese gran suceso, que forma época en la historia y que se llama la revolución francesa. Al comienzo de esas trágicas escenas ocurrió lo que en esta verídica narración se cuenta.

En la cima de un bajo collado elevábase un castillo de labrada piedra, majestuoso y señoril, como construído en tiempo del rey Sol, en el apogeo de la elegancia y del lujo; á los pies de la colina, y como asustados del palacio, á pesar de su apacible exterior, agrupábanse un centenar de tuguios alrededor de una pobre iglesia, cuyo campanario se erguía hasta igualarse con los pizarrosos tejados del castillo, como protegiendo á las miserables chozas del peligro que temían.

El castillo pertenecía á un conde de rancia nobleza, altivo, pródigo, dado á brillar en la corte y aficionado á las filosofías de su siglo en cuanto se avenían con sus hábitos, nada honestos, y con su instintiva repugnancia á toda idea religiosa, aunque las despreciaba y se reía de sus declamatorias lucubraciones, cuando hablaban de derechos populares y de tiranías nobiliarias.

En las humildes chozas habitaban unos cientos de labriegos, que arrastraban una vida miserable con lo poco que restaba de sus cosechas después de pagados los impuestos reales, con más los tributos del señor, nada escasos, pues la fastuosa existencia del conde era cara, y sólo contaba el pródigo aristócrata para sostenerla con el fruto de los sudores y fatigas de aquellos infelices.

Cuidaba de la iglesia y ejercía en ella su sagrada misión un viejo cura, de humilde origen, falto de encumbradas ciencias, pero sobrado de caridad, y que hacía de todos sus actos ejemplo de las virtudes que predicaba de continuo. Por plebeyo y por clérigo le despreciaba el conde; los labriegos, cuyas penalidades compartía y procuraba remediar, le respetaban, y aun llegaron á quererle con entrañable afecto después de divulgado cierto rasgo de su abnegación, que demostraba la sinceridad del interés que por ellos se tomó siempre.

No hacía muchos años, un día del mes de Agosto, llegó el conde al palacio para dedicarse á la caza. Los aldeanos se ocupaban afanosamente en la recolección del trigo, cuando vieron al

conde acompañado de guardas, ojeadores y monteros seguir á un cervato, que saliendo del bosque, se dió á correr por las mieses, donde le persiguieron infantes y ginetes, tronchando tallos, triturando espigas y asolando aquel campo que tan risueñas esperanzas hacía concebir momentos antes. Al ver tal destrozo, los segadores se llenaron de pesadumbre y de dolor, los hombres acentuaron la resignada tristeza de su rostro y las mujeres se echaron á llorar; pues para los infelices la pérdida de la cosecha era la ruina, el hambre, la cárcel además para quien no pagase las cargas del rey y las del señor.

El cura, al conocer la desgracia, comenzó á idear un medio para remediarla, y se le ocurrió hablar al conde, para que compensase las tristes consecuencias de su cruel y ligero proceder, pagando sus pérdidas á sus míseros labriegos.

A la mañana siguiente presentóse en el palacio pidiendo ver al conde. Entre sonrisas burlonas y gestos desdeñosos de porteros y lacayos fué conducido á una antecámara, donde hubo de esperar largo rato á que el noble señor le hiciera pasar al salón donde se encontraba cómodamente arrellanado en un sillón y leyendo un libro, que debía interesarle mucho, pues no levantó de él los ojos hasta que el visitante aventuró una prudente tos, como recuerdo de su presencia. Entonces, con aire cortés, pero altivo y desdeñoso, le preguntó:

—¿A qué debo el honor de recibirlos?

—Monseñor, ayer, sin duda impensadamente, destruísteis la cosecha de esos pobres labradores, vuestros vasallos, y como es mi deber protegerlos y recordar á V. E., en nombre de Dios, sus obligaciones, me atrevo á rogaros...

El conde, acentuando su desdén, le interrumpió:

—No tengo para qué ocuparme de lo que á esa canalla pueda ocurrirle, y permitidme que dude de vuestro derecho para aconsejarme en nombre de Dios. Por lo demás, cuando quiera disfrutar de vuestra evangélica elocuencia iré á la iglesia á oiros predicar.

—Monseñor, tened presente lo que dice la Escritura: «Quien oye mis palabras y las desprecia, tiene quien le juzgue en el postrero día».

—Allá veremos, y permitidme á mi vez que os recuerde que es un feo vicio entrometerse en negocios ajenos.

Y salió el cura de la estancia, más pesaroso por el mal éxito de su intervención, que disgustado por lo descortés del recibimiento. Desde que se divulgó por el pueblo lo sucedido en la entrevista, vió el cura trocado en cariño y agradecimiento el frío respeto con que antes le trataban sus feligreses.

II

Cada día se embravecía y encrespaba más en toda Francia el tempestuoso mar de las pasiones populares, inquieto y bullicioso desde la reunión de los Estados generales. Ardían en los campos grandes y extrañas hogueras; eran castillos quemados por el odio de los campesinos; bailaban en el aire pies calzados con medias de seda y zapatos de rojos tacones: eran nobles señores, ahorcados por el populacho, que en el estertor de la agonía se entregaban á tan macabras danzas.

Los habitantes del lugar en que ocurrieron los hechos de este relato quisieron un día solazarse, también ellos, con esos raros bailes y esas jamás vistas luminarias. Se dirigieron, armados de horquillas, hachas y guadañas, hacia el castillo: derribaron sus macizas puertas é hicieron huír á los criados; y dando desaforados gritos, llegaron hasta la cámara del conde. Este esperaba á los invasores pálido y temeroso; pero tan altivo y soberbio como siempre. La multitud entró en confuso tropel, y se detuvo un instante sobrecogida de respeto, ante quien tantos años la había hecho temblar con sola su mirada; pero aquellos años de obediencia lo eran también de servidumbre, y el recuerdo de los trabajos y sufrimientos pasados enardecieron sus deseos de venganza, y los asaltantes arrastraron al conde fuera de la estancia, llenándole de insultos y gritando:—¡Arrastradlo! ¡Que muera! ¡A la horca!—En este instante apareció el cura, que llegando junto á la víctima, á fuerza de empujones, se irguió sereno, y gritó con voz enérgica y vibrante:

—Muchas veces os he dicho, y ahora lo repito, que la única venganza permitida al cristiano es el perdón, y recordad que el Señor dice: *No matarás*.

—¡No tiene religión! ¡Es un aristócrata traidor! ¡Os desprecia! gritó la multitud.

Entonces el cura, abrazándose al conde, repuso:

—Ahorcadnos á las dos.

La enérgica actitud del sacerdote, la sublimidad de su cris-

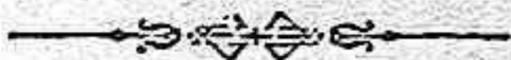
tiano rasgo y el recuerdo de los divinos preceptos que sus palabras habían evocado, se impuso á los labriegos, que á los gritos de: ¡Dejadlos! ¡Soltad al conde! ¡Viva el cura! desistieron de su criminal propósito, y se fueron derribando muebles, desgarrando cortinas y tapices, rompiendo espejos y vidrieras, á las caballerizas, de donde sacaron cuanta paja había para incendiar el castillo.

En tanto que el humo y las llamas se alzaban sobre los calcinados muros del palacio, salía el conde disfrazado de la casa curato, y montando en un caballo que preparado estaba á la puerta, huía á campo traviesa.

Mientras el caballo corría á todo escape, el jinete iba pensando que el cura entrometido era muy fiel cumplidor del mandato que Cristo impuso á sus ministros: de socorrer á todos los desgraciados y enseñar moderación á todos los poderosos.

L. M. DE URIARTE LEBARIO.

(De *El Pan de los Pobres*).



Liturgia.

(Conclusión).

Durante la lectura de las dos Lecciones y el canto de ambos Graduales, verificábase la ceremonia misteriosa de *la apertura de oídos*. Los sacerdotes iban tocando sucesivamente los oídos de los Catecúmenos, imitando lo que hizo Jesucristo con el sordomudo del Evangelio, y diciendo como á él esta palabra: *Ephpheta*, es decir: Abrios. Este rito tenía por objeto preparar á los Catecúmenos á recibir la revelación de los misterios que hasta entonces no les habían sido mostrados mas que bajo el velo de la alegoría. La primera iniciación que recibían era referente á los santos Evangelios.

Después del segundo Gradual salían de la sacristía, precedidos de cirios y del incensario, cuatro Diáconos, llevando cada uno en sus manos uno de los cuatro Evangelios, y dirigiéndose al santuario, colocaban los libros sagrados en cada ángulo de los cuatro del Altar. Entonces el Pontífice, ó un simple sacerdote, por mandato suyo, dirigía á los Catecúmenos la alocución que todavía puede verse en el Sacramentario Gelasiano, encaminada toda ella á darles á conocer qué son los Evangelios, de dónde vienen, por qué son en número de cuatro, quién los ha escrito, y, finalmente,

quiénes son esos cuatro hombres que, anunciados anticipadamente por el Espíritu Santo, han sido designados por el Profeta.

Adoctrinados sobre los extremos que concluimos de indicar, un Diácono, desde el púlpito y recomendando silencio y atención, leía á continuación el Evangelio de San Mateo, que había tomado del altar, desde su comienzo hasta el versículo 21. Terminada la lectura, un Sacerdote les explicaba que el Evangelista Mateo tiene la figura de un Hombre, por ser quien narraba extensamente la genealogía del Salvador. De nuevo el Diácono, recomendando igualmente silencio y atención, leía del Evangelio de San Marcos hasta el versículo 8, del Capítulo 1.º; y el Sacerdote volvía á tomar la palabra para hacerles ver por qué este Evangelista tiene la figura de León. Lo mismo volvía á hacer el Diácono respecto á los Evangelistas San Lucas y San Juan, de los que leía hasta los versículos 17 y 14, respectivamente, de su primer capítulo, y acto seguido el Sacerdote exponía por qué al primero se le representa bajo la forma de un Toro, y al segundo bajo la de un Aguila.

Hechas estas manifestaciones de los cuatro Evangelistas, seguía la ceremonia conocida con el nombre de *tradición del Símbolo*, por la que se proponía á los Catecúmenos el Símbolo de los Apóstoles, y en los siglos siguientes el de Nicea. Un Sacerdote les dirigía enseguida una alocución, cuyo fin era recomendarles la aproximación á Dios, que es la iluminación de las almas, mediante la creencia en los misterios que encierra el Símbolo en pocas palabras, escribiendo, no en materia corruptible, sino en las páginas de su corazón.

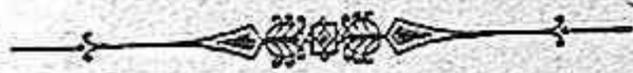
Luego se le hacía avanzar á uno de los Catecúmenos, y el Sacerdote preguntaba al acólito que lo había traído en qué lengua quería aquél confesar á Nuestro Señor Jesucristo, y el acólito respondía, que en griego; porque es cosa admitida por todos, que en Roma, en tiempo de los Emperadores, la costumbre de hablar en griego, estaba tan extendida como la del latín. Entonces el Sacerdote decía al acólito que les anunciara la fe que creían, lo que practicaba recitando pausadamente y con solemnidad el Símbolo en lengua griega, y teniendo al mismo tiempo extendida la mano sobre la cabeza del Catecúmeno, repitiéndolo inmediatamente del mismo modo á una de las mujeres catecúmenas de la lengua griega, llamada para dicha ceremonia.

Como complemento de este solemne rito, al terminar la recitación del Símbolo en lengua griega, el Sacerdote llamaba á dos Catecúmenos de la lengua latina, hombre y mujer, y el acólito recitaba dos veces ante ellos y en alta voz, para que todos le oyeran, el Símbolo en latín. Así terminaba *la tradición del Símbolo*, dirigiéndoles el Sacerdote unas cuantas palabras, encargándoles la necesidad de estar siempre prevenidos y dispuestos á confesar esta fe para vencer al diablo, que nunca cesa de buscar asechanzas al hombre para que caiga en pecado.

A la tradición del Símbolo seguía la recitación de la Oración dominical hecha por el Diácono, que, como antes hemos dicho, recomendaba á los Catecúmenos silencio y atención para oír la explicación clara que de la misma les hacía el Sacerdote, inculcándoles el sacratísimo deber que tenían de grabarla en sus corazones para llegar á ser perfectos y pedir y recibir la misericordia de Dios.

Después de la lectura del Evangelio, en el que se narra la curación del ciego de nacimiento, el Diácono, según costumbre, mandaba salir de la iglesia á todos los Catecúmenos, que eran acompañados de sus padrinos y madrinas, volviendo á pasar al instante á la iglesia estos últimos para asistir al Sacrificio con los demás fieles. Cuando llegaba el momento de la Ofrenda se acercaban al altar á presentar los nombres de sus parroquianos espirituales; y el Pontífice leía estos nombres, como también el de los padrinos y madrinas, en las oraciones del Canon. Estando para terminar la Misa, pasaban los Catecúmenos á fin de señalarles el día en que debían presentarse á la iglesia, para dar cuenta del Símbolo y demás instrucciones que acababan de recibir.

La imponente ceremonia que acabamos de exponer á grandes rasgos, no era exclusiva del día de hoy; se repetía algunas veces, según el número de Catecúmenos y el más ó menos tiempo necesario para tomar sobre la conducta de cada uno de ellos los informes que la Iglesia creyera oportunos para poder juzgar con acierto de su preparación al Bautismo. En la Iglesia Romana había en ocasiones, como hemos dicho, hasta siete escrutinios; pero el más numeroso y solemne era el de este día; terminando todos ellos por la ceremonia que concluimos de describir.



Noticias generales.

Se ha publicado la versión castellana del Catecismo de Su Santidad Pío X. Comprende tres partes: Pimeras nociones de catecismo, Catecismo breve y Catecismo mayor, las que se venden separadamente y en un solo tomo titulado Compendio, en la Administración de *Razón y Fe*, S. Quintín, 8, bajo, y librerías católicas de D. Gregorio del Amo y D. Enrique Hernández Paz, 6, Madrid.

*** Su Santidad ha nombrado al Emmo. Cardenal Rampolla Protector de la Asociación italiana de Santa Cecilia.

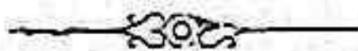
*** En la Basílica de San Pedro estalló el domingo último una bomba, cerca del altar llamado de la Navicella, en el preciso momento de celebrarse una Misa á la cual asistía el Cardenal Rampolla.

Afortunadamente los proyectiles no han ocasionado desgracias ni desperfectos de consideración.

*** El sábado, 10 del corriente, se celebró la vigilia inaugural de la Adoración Nocturna en Palma. Asistió á tan solemne acto el Presidente del Consejo Supremo de la Adoración Nocturna, D. Antonio Sánchez Santillana, el cual pronunció un elocuente discurso.

*** Se ha inaugurado en Zaragoza la iglesia de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana. El señor Arzobispo ofició de pontifical.

El sermón constituyó una maravillosa apología de las Ordenes religiosas y una contundente impugnación contra los adversarios de la Iglesia.



Santorial.

Día 2, Domingo I de Adviento. Stos. Eusebio, pbro. mr.; Marcelo, diác. mr.; Cromacio, ob.; Stas. Bibiana, vg. mr.; Elisa, vg. monja.

Día 3, lunes. Santos Francisco Javier, cf.; Sofonias, prof; Claudio, mr.; Stas. Hilaria y Magina, mártires.

Día 4, martes. Stos. Teófanos, mr.; Bernardo, ob.; Clemente *de Alejandria*; Sta. Bárbara, virgen mártir.

Día 5, miércoles. Stos. Dalmacio y Pelino, obs. mrs; Sabas, abad

cf.; Pedro Crisólogo, ob.; Sta. Crispina, mr.

Día 6, jueves. Stos. Nicolás de Bari, Arb. cf.; Emiliano, mr.; Mayorico, niño mr.; Stas. Dionisia y Leoncia, vgs. mrs.—*Ayuno*.

Día 7, viernes. Stos. Ambrosio, ob. dr; Urbano, ob. cf.; Martín, ab. cf.; Sta. Jara.—*Ayuno*.

Día 8, sábado. La Inmaculada Concepción de Ntra. Señora, Patrona de España y de las Indias. Stos. Estiquiano, pp. mr.; Romarico, ab. cf.; Sta. Ester, reina.